

ca, de los troyanos, así como las otras referentes á grandes hazañas de los francos en los primeros siglos de la era cristiana, y de la raza alemana cuando se presentó por primera vez en la escena del mundo, no titubea en inventar otro cronista, Hunibaldo, que dice vivió en tiempo del rey Clodoveo y tuvo á su disposición datos y documentos que despues se perdieron. Fuera de Tritemio jamás oyó nadie hablar de

estos dos cronistas, ni de manuscrito ninguno suyo, ni del códice de Hunibaldo que dice existió en Sponheim; pero de esto no habló sino cuando lo comunicó en Wurzburgo al emperador Maximiliano, el cual quedó entusiasmado y ávido de ver un monumento tan antiguo y venerando de las glorias alemanas, é instó al abad para que se lo enseñara, obligándole con esto á dar excusas miserables para eludir el com-



Conrado Celtes

Copia de un grabado en madera hecho por Juan Burgkmair, que vivió desde 1472 hasta 1559

promiso. Arminio de Neuenaar, del cual ya hemos hablado, descubrió toda la impostura cuando Beato Rhenano había ya calificado de puras y necias fantasías lo que Tritemio había dicho de su pretendido cronista franco, y despues que Wimpeling acusó á Tritemio de ligero é inexacto.

Este mismo Tritemio, impostor y charlatan, fué, sin embargo, un hombre docto y erudito como pocos y profundo en todos los ramos de las humanidades, aunque no aficionado á componer versos, cosa que consideraba como tarea pueril. A lo mas concedía á las elegías y epitafios el honor de ser

trabajos dignos de ocupar á los hombres. Esta divergencia de opiniones no impidió que estuviera estrechamente enlazado con los otros representantes del humanismo, siendo discípulo de uno, maestro de otros, miembro activo de la sociedad rhiniana y amigo decidido de todos los humanistas sinceros.

Además de las sociedades fundadas por Celtes, formáronse muchas otras mas humildes en distintos puntos, aun en los que no había universidades. Estas sociedades, por estar reducidas á un corto radio, cultivaron con menos celo y en-

tusiasmo los nuevos estudios, teniendo generalmente á su cabeza á un humanista de fama á quien veneraban como su maestro. Entre ellas mencionaremos la de Ingolstadt, cuyo jefe era el historiador Juan Aventino, de quien hablaremos mas adelante; la de Basilea, que dirigia el mencionado Bonifacio Amerbach, y había otras en Schlettstadt y Estrasburgo, que ambas reconocian por jefe á Jacobo Wimpeling. Apenas había ciudad en todo el ámbito de Alemania que no tuviese en su recinto algun hombre adicto á los nuevos

estudios, habiéndolos de todas las clases y edades, y todos formaban tácitamente una alianza general mas sincera y firme que si hubiese estado basada en estatutos y ceremonias, porque todos aspiraban á los mismos fines. Esta comunidad dió lugar á una correspondencia activa entre todos los adeptos á la buena causa, y fué un nuevo motivo de viajes para los humanistas alemanes, que á pesar de las dificultades que el viajar ofrecia entonces, aprovechaban las ocasiones de salir de su pueblo y correr tierras.

¶ Jesus. Celeste Rosariū. Iogſſ p̄inet. l. patern. 2 sue maria et v. Symbola. Breue cōnnet. x. pf̄ n̄. 2 r. aue ma. 2 j. Sym.



¶ Ao Alexādo. vj. cōfirmatū dotatūq. vj. annoz indulgſſ. Raymundus legar. L. dies. Titus episcopus Bābergen cū suo Suffraganeo. lxxx. dies. Lū cōplumb. alijs

Rosario espiritual

Facsimile del grabado que forma el título de la obra de Jacobo Locher: *Rosarium Celestis curie et patrie triumphalis*, impresa en Nuremberg, 1517

No pudiendo dar aquí una lista de todas estas sociedades locales, que no haría mas que cansar al lector, sin utilidad y aun sin que pudiéramos responder de la exactitud, nos limitaremos á referir un caso que puede dar una idea de la extensión del humanismo, y que ocurrió al célebre Erasmo en un viaje que hizo por las orillas del Rhin. En Boppard vivía un cobrador del peaje llamado Eschenfelder, que siendo aficionado á las humanidades había latinizado su apellido alemán en Cincampiano. Al saber la llegada de Erasmo no cupo en sí de contento, y no paró hasta que le obligó á aceptar la invitación de pasar á su casa, lo cual dijo que sería

una honra para él y para toda su familia. Los barqueros instaban impacientes por continuar su viaje, y entonces Cincampiano les envió vino para acallarles y les prometió no cobrarles el peaje á su vuelta por haberle llevado un personaje tan eminente. Al referir Erasmo este caso en uno de sus escritos, añade su máxima favorita: «¡Qué vergüenza para los frailes, que hasta los publicanos les ganen en el cultivo de las bellas letras!»

No eran todos los frailes ignorantes: también los había aficionados á las humanidades, y uno de ellos fué Nicolás Ellenbog, fraile en el monasterio de Ottobemern, en Suabi

que vivió desde 1481 hasta 1543. Creía que todos los frailes y todos los hombres de Iglesia tenían la misión elevada de propagar la instrucción, y en su consecuencia estableció en su convento una imprenta y una escuela superior para formar «trilingües,» según él decía. Sabía y manejaba con destreza y facilidad el latín en sus cartas y demás escritos, sin pretensiones de clasicismo alambicado, pero intercalando con orgullo expresiones griegas y hebreas. La adquisición de estos dos idiomas le había costado un trabajo inmenso, porque después de haber conseguido al cabo de años una biblia hebrea, tuvo que aprender las letras como quien descifra geroglíficos, con increíble perseverancia, por medio de toda clase de combinaciones, y luego, de la misma manera, tuvo que averiguar el valor de los vocablos. Era como muchos, si no todos sus contemporáneos, aficionado a los misterios astrológicos y cabalísticos, a la vez que teólogo creyente y religioso rígido y virtuoso, enemigo de Lutero y de los protestantes, porque le indignaban sus innovaciones, y más los excesos que los fanáticos cometían contra los conventos y sus moradores. Contra Lutero y sus adeptos escribió varios tratados, en los cuales la violencia y verbosidad suplían a menudo a la elocuencia y las razones sólidas. Reunió también noticias históricas y hasta hizo un ensayo para reunir las en una especie de crónica. En fin, en todo se ocupó sin producir ningún resultado completo, aunque llegó a descubrir muchas veces el buen camino. Partidario del humanismo, defendió la causa de Reuchlin con varonil tesón contra sus mismos compañeros de convento y otros frailes, deseoso, según escribe a Reuchlin, de «sellar las bocas repugnantes de sus enemigos.» Honores no recogió en su tránsito por la tierra; la mayor satisfacción que disfrutó fue cuando vio su apellido alemán traducido al latín, *Cubitus*, en una colección de *Cartas de hombres célebres*, publicada por Reuchlin. Entonces fue acaso cuando encabezó un borrador de una carta destinada a este amigo, en griego y hebreo, con estas palabras: «A manos de mi amado,» según se ve en la colección de sus cartas manuscritas.

Las sociedades literarias alemanas no llegaron, ni con mucho, a la altura de las academias italianas libres, porque no viviendo sus miembros reunidos en la misma ciudad no podían entenderse tan fácilmente ni aunar sus esfuerzos ni aguzar su ingenio en virtud de la influencia y rivalidad mutuas; por otra parte les faltaban genios grandes, poderosos, ilustrados y de iniciativa, como los Cosme de Médicis, Besarion y Pomponio Leto; y finalmente, y por lo mismo, no les guiaba una idea fija y dominante, una tendencia clara como la que llevaban las academias italianas. Estas se distinguían perfectamente una de otra por su objeto y sus procedimientos; porque la de Florencia cultivaba la filosofía platónica, la de Besarion se dedicaba con preferencia al estudio de la literatura griega, y la de Pomponio Leto se ocupaba principalmente en estudiar la antigüedad romana. Las sociedades alemanas, en cambio, trataban indistintamente de la poesía latina y de la erudición en general. La ocupación principal de la mayor parte de los humanistas alemanes era la composición de poesías laudatorias y la alabanza mutua; pero los más inteligentes entre ellos eran accesibles a la crítica, si era fundada, y se enviaban mutuamente sus trabajos, solicitando el juicio imparcial del amigo. También proyectaban, como hemos visto, alguna empresa colectiva, aunque su realización era difícil por la distancia que separaba a los miembros. La antigüedad clásica era el blanco de los estudios del individuo como de las sociedades y alguna vez también el objeto de sus empresas comunes; pero su inclinación venía por lo general aquel propósito, y todos dirigieron sus miradas y esfuerzos a la Edad media de su patria; desenterraban obras históricas y

poéticas, escritas, por supuesto, en bajo latín por alemanes y las publicaban para probar que aun en aquellos tiempos bárbaros no fueron enteramente bárbaros sus compatriotas. En estas publicaciones no prevalecía el sano criterio, sino excepcionalmente, porque los literatos noveles son como los niños, a quienes atraen más las cosas abigarradas y chillonas que el verdadero mérito, pero la tendencia era patriótica, noble y hasta cierto punto grandiosa, lo cual disculpa muchos errores, y sería una gran injusticia acusarles por ellos de haber falseado la verdad con premeditación, como se ha hecho.

Siendo el alma de las dos sociedades principales Conrado Celtes, apóstol atrevido e incansable del humanismo en todos los ámbitos de su patria, pertenece a él la gloria de haber dado el impulso a todas las asociaciones literarias que robustecieron y dieron forma al movimiento científico y literario en Alemania.

CAPÍTULO VII

LA POESÍA Y LOS POETAS

Al estudiar la literatura del Renacimiento en Italia no podemos menos de preguntarnos sorprendidos por qué tantos genios se sirvieron para sus creaciones poéticas de la lengua latina, teniendo un idioma vivo y propio, perfectamente desarrollado, armonioso cual ninguno, y usado y admirado por toda la nación, y solo despreciado por los poetas como si no fuera digno de ser conservado y cultivado. Semillante anomalía podía sorprender menos tratándose de Alemania, donde el idioma nacional era entonces todavía inculco e impropio para obras poéticas, y donde el público que gustaba de las canciones populares no era el que los poetas podían apetecer. No tenían, pues, estos la libertad de elección y forzadamente habían de servirse de la lengua latina, más a pesar de esto no llegaron las poesías latinas de ningún alemán a la altura de las de los italianos, excepto quizás muy pocas. La causa no podía ser la deficiencia de estro poético en los alemanes, ni tampoco la escasa duración del humanismo alemán, sino la falta del sentimiento de la belleza y de la esencia de la poesía, sentimiento no desarrollado todavía en Alemania. Wimpheling, movido por consideraciones utilitarias y morales, había postpuesto la poesía a la prosa, y definido la primera, a imitación de su autor favorito Bautista Mantovano, como «un discurso engalanado excepcionalmente y metido en un marco de forma y dimensiones especiales.» Según él, «la esencia de la poesía era presentar la verdad oculta bajo de un disfraz.» Sebastian Brant, amigo del anterior, en un grabado en madera representó al poeta bajo la figura de un hombre de edad sentado delante de un pupitre sobre el cual está abierto un libro en folio, y en el prólogo de su obra poética principal dice que el trabajo del poeta consiste en coleccionar con especial aplicación, tacto y laboriosidad. Este era el concepto que los humanistas alemanes se habían formado de la poesía, y los teóricos de entre ellos comparan al poeta con la abeja que vuela de flor en flor chupando la miel para almacenarla en la colmena. Ninguno, al parecer, sabía el antiguo adagio que dice que los poetas nacen y no se hacen; según ellos podía ser poeta cualquiera, teniendo habilidad, con la práctica e imitación, y así hacían sus versos todos los humanistas alemanes y creían ser poetas. Algunos llegaron a ser realmente buenos versificadores a los cuales no se conoce el trabajo que los versos les han costado; pero poetas verdaderos hubo muy pocos. Uno de ellos fue Celtes, del cual ya hemos hablado diferentes veces, que se llamaba también, con no poco orgullo, el primer poeta laureado de Alemania, y había sido laureado con razón.

Llamábase Conrado Pikel, pero prefirió llamarse Conrado Celtes Protucius, y había nacido en 1459 en la aldea de Wipfeld, en Franconia. Cursó primeramente en Colonia y después en Heidelberg. Luego enseñó sucesivamente en las universidades de Erfurt, Rostock y Leipzig, pasó a Italia, donde en menos de seis meses visitó las ciudades principales, se perfeccionó en el griego y adquirió manuscritos y muchas relaciones personales. De regreso a su país consiguió el honor de recibir la corona de laurel en Nuremberg, el 18 de abril de 1487, honor que consideró toda su vida como un certificado fehaciente y que no admitía objeción, de su talento poético, pero no como un título que le dispensara de estudiar y aprender más, y muy al contrario, se trasladó de Nuremberg a Cracovia para perfeccionarse en las matemáticas y la astronomía. Allí permaneció dos años y allí empezó su propaganda en favor del humanismo. Desde entonces, en cuantas partes estuvo reunió a las personas que profesaban las mismas ideas que él para formar un grupo que en adelante constituyese un nuevo centro de propaganda. En algunas poblaciones, como en Ofen y Cracovia, llegaron a ser pequeñas sociedades literarias, a imitación de las grandes, la rhiniana y la danubiana, de que sabemos era también fundador. Había proyectado otra para el Norte de Alemania, que debía llamarse Sociedad Albina, o Báltica, pero no tuvo éxito su proyecto. Así recorrió toda la Alemania sin fijarse en ninguna parte, ni en Nuremberg, ciudad opulenta y favorable al humanismo. Tres veces enseñó en la universidad de Ingolstadt, en 1492, 1494 y 1497, la poética y la elocuencia, pero siempre tuvo en contra suya a los demás profesores, de suerte que admitió con gusto la invitación de pasar a Viena, donde se ofrecía un ancho campo a su actividad. Allí fue el alma de la sociedad danubiana, de la sección especial de poetas y matemáticos y de la universidad. Allí concibió grandes proyectos: quería concluir sus obras, publicar las de los clásicos antiguos, las de los historiadores de la Edad media, organizar la biblioteca imperial, y sobre todo, escribir una gran historia y una geografía de Alemania que debía llevar por título: *Germania illustrata*; pero no pasó del principio ni llevó tampoco a cabo los otros proyectos, porque era excelente apóstol, hombre de mucha iniciativa, pero no era trabajador y se entregaba a todos los excesos, de suerte que él mismo confesó al morir, cuando apenas había llegado a los 49 años, que era un anciano decrepito. Murió el 4 de febrero de 1508 y fue sepultado con grandes honores. Un año antes había redactado él mismo su propio epitafio y poco antes de morir hizo su testamento, en el cual legó a la facultad de artes de la universidad de Viena, sus libros y lo que siempre apreció como su mayor joya, la corona de laurel de plata y el diploma de laureado que el emperador le había concedido.

Celtes tenía una gran opinión de sí mismo; se consideraba el primer poeta alemán, por supuesto, de los que componían versos latinos, porque otros poetas no tenían derecho a este título; se equiparaba con Horacio, y deseaba que sus versos tuviesen el mismo éxito e inmortalidad en Alemania que los de Horacio en Italia. Efectivamente, fue Horacio su modelo, usó los mismos metros, compuso cuatro libros de odas, seguidas de un libro de epodos, y pone al fin un *carmen saeculare*, todo como Horacio, cuyo genio agresivo y descarado también imita y cuyas opiniones se apropia.

Celtes es en todas sus poesías exclusivamente lírico y rarísimas veces intercala narraciones. Sus obras épicas y dramáticas son muy medianas y rebosan de reminiscencias del mundo antiguo, como en el *Ludus Diana*, especie de auto que escribió en honor del emperador cuando hubo nombrado la sección de poetas y matemáticos de la sociedad danu-

biana en Viena, y en la rapsodia que el mismo poeta dedicó al emperador después de su victoria en la guerra de la sucesión bávara, en la cual celebran el triunfo del emperador, Apolo con las nueve musas, Mercurio, Baco, con los faunos y sátiros, y otros personajes mitológicos.

Celtes cantó el amor, pasión que era, según él mismo decía, su único mal crónico, y prueba de ello son sus cuatro libros de *Amores*, y sus demás poesías, odas y epigramas, donde también se encuentran versos amorosos y no siempre castos. El lector de hoy queda estupefacto al ver con qué fruición y claridad describe los atractivos de su amada y los favores que ella le concede. Ocioso es decir que un hombre tan sensual era inconstante, dedicó cada uno de sus cuatro libros de amores a una mujer diferente; en una poesía a Venus menciona tres de sus amores, y muchos más en otras. En cambio de su inconstancia, tampoco exigía fidelidad de sus amantes ni las guardaba rencor por sus infidelidades; pero si estas poesías no lucen por la moral, no puede negarse que son cuadros brillantes que excitan poderosamente los sentidos y parecen inspirados por el ardiente sol del Mediodía. En algunas poesías se encuentran, sin embargo, reminiscencias de poetas extranjeros, en especial de Petrarca, y la idea de este, de que el poeta da con sus versos fama impercedera a sus amantes, y excita la envidia y los deseos de las generaciones futuras.

Si siempre anduvo de una parte a otra sin fijarse en ninguna, fue no solamente por un impulso innato en él, por su genio de apóstol y su incapacidad para ejecutar trabajos que requirieran constancia, sino también por vanidad, para recoger los honores debidos a su fama y a su calidad de poeta laureado. Para cantar la naturaleza le faltaba el sentimiento, conforme se ve en sus poesías a la primavera y otras de este género que serían completamente incoloras sin las divinidades, frases y pensamientos copiados de los antiguos.

La fama que buscaba y que le gustaba tanto saborear, no era la fama entre el vulgo, aunque fuese el más elevado, sino entre los escogidos, entre los sabios; porque siendo un día invitado a saludar a un doctor ignorante, contestó: «Nos faltan doctos, doctores nos sobran,» (*Doctos querimus, doctores plures habemus*). Preguntado cuáles eran los doctos, dijo: «Genio bueno tiene aquel que explica obras de otros; superior, aquel que traslada obras de otros idiomas al suyo, y el mejor de todos es aquel que crea e inventa cosas nuevas.»

Los genios creadores de ideas nuevas y grandes fueron para Celtes los poetas, cuya misión y dignidad elevada celebra en versos magníficos, juntamente con el arte divino de la poesía. No ignora que en el mundo apenas tienen sitio los poetas ni es apreciado su arte cual merece, porque no les dejan puesto los médicos y abogados, y la poesía queda olvidada porque los dados, el vino y las mujeres dominan y ocupan a los hombres; pero esto no le arredra, y rechazó riendo el consejo que le dieron de abandonar las improductivas musas, porque la dulce independencia del genio era para él mayor recompensa que el oro.

Ya hemos visto que sus trabajos no le impedían gozar de las dulzuras de la vida material. «Gocemos de la vida,» dice en una de sus obras,—pues lo que salió de la nada, vuelve a ella,» y en otros muchos pasajes dice con leve diferencia lo mismo, sin asomo de melancólica resignación. Declara que el sueño, el vino, la amistad y la filosofía (el estudio de las ciencias naturales) son su mayor regalo, y los canta en poesías sueltas, pero menos el vino que la amistad, que fue realmente el sol de su vida intelectual y materialmente. Con los amigos y de los amigos vivía, y sin embozo les dice en sus versos con frecuencia que los poetas necesitan protectores y que por falta de ellos no ha podido escribir ningún poema grande.